

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pias
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
Extranjero . . . 1'50 »

Razones y Palos

El "arreglo" ferroviario y "La Justicia Social"

El último decreto lanzado por Romanones sobre el reconocimiento legal de las asociaciones obreras ha hecho el efecto de una bomba... fofa entre los elementos obreros organizados, aunque sus efectos, por ahora, sólo hayan alcanzado de lleno a los obreros de las Compañías o Empresas industriales que en virtud de concesión del Estado tengan a su cargo servicios públicos y en primer término a los ferroviarios.

Toda la prensa obrera, a excepción de *La Justicia Social*, de Reus, ha conceptuado desfavorablemente la última añagaza gubernamental, fruto raquítico e informe del no menos informe... del Instituto de Reformas Sociales. Sólo la prensa burguesa, salvo raras excepciones motivadas por diferencias políticas, ha alabado la última obra de Romanones, llamándola «obra acabada de liberalismo y democracia», y también el semanario de Reus la bombea calificándola de «victoria indiscutible» sobre las Compañías ferroviarias.

En nuestro número 312 decíamos: «la huelga de los ferroviarios fué hermosa, sorprendente, sublime con sus actos de dignidad personal. Ella era merecedora del triunfo». Y claro que al decir esto afirmábamos, porque ello era una gran verdad, el «éxito» de la huelga en sí, y su «asesinato» también, que impidió, que evitó, que imposibilitó el esperado triunfo. El éxito de la huelga fué admisible; nosotros fuimos los primeros en manifestarlo así. La solución fué desgraciada, y admisible también por su contraste con el éxito de la huelga y por los desastrosos efectos que en seguida se manifestaron en forma de represalias cometidas por la Compañía.

La segunda de las tres condiciones con las que se arregló la huelga ferroviaria «para la vuelta al trabajo», dice así:

2.º Que todos los huelguistas, reclamantes y solidarios, sean admitidos en los mismos servicios que desempeñaban antes de la huelga, sin que se pueda ejercer represalia alguna.

La conducta de la Compañía, el descontento y la agitación que se manifiestan en los actuales momentos entre los obreros ferroviarios y la indiferencia del Gobierno después de su «triunfo», son una buena prueba demostrativa de la «buena solución».

El éxito, pues, de la huelga, no hay que tergiversarlo presentándolo como una victoria de la misma con el interés bastardo de hacerlo pasar también como un «triunfo» de la táctica socialista.

Y por haber nosotros afirmado esto; por haber señalado datos y hecho observaciones atinadas; por haber hecho una sencilla crítica de la solución victoriosa y del no menos triunfal decreto de Romanones, *La Justicia Social* nos obsequia con epítetos dignos de su menguada mentalidad.

¡Como si todo cuanto dijimos de que la solución dada a la huelga ferroviaria no constituía triunfo alguno para los obreros y empleados y de que el real decreto no obligaba a nada a la burguesía, no estuviera comprobado por los HECHOS!

La verdad es que para contestar al semanario socialista de Reus, nos bastaría con reproducir los telegramas y otras noticias publicadas últimamente en la prensa toda referente al asunto, y las manifestaciones hechas en *La Publicidad* por los compañeros de Junta de los más importantes sindicatos obreros de Barcelona, entre ellos los ferroviarios. Pero ello nos llenaría todo el periódico. No haremos, pues, hincapié de estas manifestaciones tan sólidas y lógicas, mucho más lógicas y sólidas que las débiles y simplistas reproducidas por *La Justicia Social* de un artículo publicado en un diario de Gijón.

Efectivamente, *La Justicia Social*, no hallando razonamientos, no pudiendo refutar cuanto dijimos en nuestro artículo *El triunfo del sarcasmo*, cuyo contenido

«pasa por alto», echa mano de cualquier cosa ajena, y no hallando algo más que le sirva, reproduce, sin duda para reventarnos, varios fragmentos de un artículo titulado «Buena solución», escrito por el anarquista Pedro Sierra y publicado en el diario reformista de Gijón *El Noroeste*.

Cogerse en un clavo ardiendo se llama eso...

La solución definitiva de la huelga de los ferroviarios, no la dió, no la podía dar el Instituto de Reformas Sociales, pues éste no estaba facultado más que para dar un «informe» sobre el cual el Gobierno determinaría. La solución, pues, buena o mala, estaba en esta determinación del Gobierno, quien tardó algunos días en determinar, haciéndolo con el real decreto que todos conocemos y que no soluciona nada ni obliga a nada a la burguesía y del que hasta *La Aurora Social*, de Oviedo, que en un principio calificó la *non nata* solución como un «triunfo de la táctica socialista», dice lo siguiente en su editorial del número 865:

«Pero el decreto es incompleto. Ciertamente el derecho de los trabajadores a asociarse y el deber por parte de las Compañías industriales concesionarias de servicios públicos a respetar ese derecho se afirman de un modo explícito y terminante; mas no ocurre lo propio respecto a la obligación de esas Compañías de tratar directamente con las Asociaciones obreras cuando éstas formulen reclamaciones. Esa obligación NO está consignada en el real decreto, y por eso decimos que éste es incompleto.

Seguidamente reproduce el artículo tercero del decreto y añade:

Como se ve, el Gobierno NO impone a las Empresas la obligación de parlamentar desde luego directamente con las Asociaciones obreras cuando éstas formulen reclamaciones. Excesivamente medroso con los capitalistas que explotan concesiones del Estado, no se atrevió a decretar el arbitraje obligatorio, que es lo que nosotros esperábamos y a lo que tenían derecho los trabajadores después de luchar tan bravamente como lo hicieron.

Ahora bien: este reconocimiento de las asociaciones obreras por parte de la burguesía es precisamente lo que *La Justicia Social* califica de «victoria indiscutible», habiéndonos insultado a nosotros por habernos anticipado en decir lo mismo que han dicho en un momento de sinceridad sus correligionarios de *La Aurora Social*, de Oviedo.

El contenido del artículo de Pedro Sierra, del que se vale *La Justicia* para reforzarse, no demuestra absolutamente nada referente a que el «informe» del Instituto fuese un triunfo obrero y menos aun el real decreto, pues éste, el verdadero fallo o solución, no se había confeccionado todavía.

Mala era la pretendida solución del Instituto, que, en realidad, sólo fué una fórmula para acabar con la huelga; pero hubiera sido explicable que alguien la conceptuase como «buena», si hubiese sido realmente una solución definitiva. El artículo «Buena solución», de Sierra, fué dado a las cajas varios días antes de la verdadera y definitiva solución. No podía, pues, afirmar si era buena o mala. La realidad nos ha dicho que fué mala.

Un artículo escrito precipitadamente, sin tiempo para reflexionar sobre el asunto, y a más destinado para un diario burgués y reformista, no podía decir otra cosa sobre el arreglo ferroviario que lo que dijo: superficialidades y simplicidades.

Todos cuantos artículos encomiásticos de la solución fueron escritos antes del real decreto último, demuestran en sus autores, o el propósito de engañar miserablemente a la halagada masa haciendo consciente o inconscientemente el juego del Gobierno y de la Compañía, o un desconocimiento, inexperiencia, candidez o medrosidad tales, que llega a ser impropio de hombres bregados en las luchas socia-

les, inteligentes y que se llaman a sí mismos mutuamente pensadores «a la moderna».

Podríamos terminar este artículo aprovechando algo de lo que dijo Largo Caballero en su conferencia dada en el local de la sección Barcelona-Norte y en cuyo discurso nos dió argumentos de sobras para combatir la táctica intervencionista-reformista. Pero esto será artículo aparte si lo hacen necesario los que a falta de razones nos insultan grotescamente desde *La Justicia Social*, de Reus.

Hasta aquí escrito este artículo recibimos otro del compañero Buenacasa contestando a *La Justicia Social*, que sentimos haya llegado tarde, pero del que no podemos por menos que reproducir lo siguiente:

«¿Puede decirnos *La Justicia Social* qué fin persiguen hoy los sindicatos ferroviarios, sino es el mejoramiento material?»

Si se lanzan a la huelga para conseguir esas mejoras materiales y no consiguen el fin propuesto, es indudable que habrán fracasado y que será ridículo pretender que ese fracaso se convierta en victoria por el arte de birri-birloque. Para nosotros las mejoras materiales del proletariado, no nos preocupan tanto como esas mejoras de orden moral tendentes siempre a elevar la personalidad individual y colectiva de la clase obrera; con esas reivindicaciones estamos siempre más identificados, pero a pesar de ello, reconoceríamos y anunciaríamos sin tapujos el fracaso si lo hubiera, esto es, si no se conseguía lo que en la lucha nos habíamos propuesto.

Jaime Brossa, en un artículo publicado en *El Diluvio*, define así la cuestión que debatimos:

«El trabajo del Instituto que ha dado lugar al real decreto, es un producto artificioso e híbrido como todas las reformas que se intentan en este país. La redacción del documento citado, obedece al prurito de algunas mentes españolas, la mayor parte de ellas educadas en el seno del individualismo escolástico, de flirtear con el intervencionismo del Estado.

«Personas de formación intelectual conservadora como Azcárate; otras de tendencia socializante, como Angel Posada, han estado sujestionadas por el papel que jugaron Waldeck-Rousseau, en Francia y Lloyd George, en Inglaterra. Convertirse en espantados de los timoratos conservadores y a la vez tomar aires de redentor legislativo era para ellos seguir la corriente con arte y adoptar una actitud gallarda y simpática.

«El real decreto prevé el caso de que los Sindicatos no puedan llegar a entenderse ni con las Compañías ni con el Gobierno y el último recurso es confiar la fórmula de avenencia al Instituto de Reformas Sociales, y una vez recibido el informe de éste, dictará aquellas resoluciones que, dentro de las facultades atribuidas por las leyes al poder ejecutivo, aconseje la defensa del bien público. Así se expresa el texto. De modo que cuando no se pueda extrangular la huelga en el presbiterio, se la extrangulará en la sacristía. Porque el Instituto es una entidad oficiosa que no representa los anhelos del proletariado».

Así habla un político; ¿cómo quiere *Justicia Social* que hablemos nosotros? Enemigos eternos del intervencionismo, entendemos, no ya sólo los redactores de *Tierra y Libertad*, sino una gran mayoría del proletariado militante barcelonés, que para ese viaje los ferroviarios no necesitaban alforjas. Si se hubieran negado a reanudar el trabajo en vez de creer en los buenos oficios del Gobierno y del Instituto, es casi seguro que hubieran salido más airosos de su hermoso movimiento. No obstante, siempre están a tiempo de reaccionar contra el emplasto gubernamental socialista, practicando la acción directa que preconiza el sindicalismo moderno, única con la cual podemos estar conformes los anarquistas en las luchas entre el capital y el trabajo.

Lo demás es dormir, amigos de *La Justicia*, aunque vosotros creáis que vamos por «temerario y desmoralizador camino».

¿A DONDE VAMOS?

Es indudablemente cierto que sin la ovajuna sumisión de la social-democracia alemana, el pangermanismo imperialista no habría podido manifestarse tan belicoso. Puede, pues, el socialista Fabra Ribas, en su recién publicado libro *El socialismo y el conflicto europeo*, e interpretando el sentimiento de los social-demócratas latinos, calificar la actitud de los alemanes de traición al proletariado.

Es también indudablemente cierto que esta traición ha tenido por consecuencia forzosa que la social-democracia latina reaccionara acentuadamente en sentido patriótico y nacionalista.

Hasta aquí estamos de acuerdo. Los hechos se eslabonan.

Pero no compartimos el asombro de los social-demócratas latinos. La actitud de la social-democracia alemana podía verse venir desde antigua fecha. Unicamente al partidismo podía ocultársele. En nuestras polémicas con los socialistas gubernamentales, siempre los anarquistas les hemos dicho que la social-democracia tenía muy poco de socialista, porque era demasiado centralista, demasiado autoritaria; estaban demasiado aborregados sus miembros, y que todos sufrían, directores y dirigidos, la nefasta influencia del espíritu fuertemente imperialista de los gobiernos alemanes y la influencia de la fuerte disciplina que estos gobiernos han impuesto a toda la nación. El mismo Bebel les decía ya a sus compañeros que «la social-democracia era una especie de escuela del militarismo». La lucha en el seno de la Internacional entre socialistas autoritarios y socialistas anarquistas—Marx y Bakounine—señala los comienzos de la desviación de una parte del socialismo que, dado el medio, tenía que dar primero y forzosamente en Alemania, un resultado de franca colaboración con los gobiernos y las burguesías en todas las empresas que éstas quisieran llevar a término, sea para fines de expansión nacional o sea para fines de una mayor adulteración de la finalidad y de la táctica del primitivo socialismo.

Los social-demócratas latinos no han querido ver esto hasta que la traición se ha consumado. Los directores de la social-democracia latina, embobados con el espectáculo de lo que ellos creían y aseguraban ser progresos socialistas de la táctica parlamentaria de los alemanes, no tan sólo no supieron ver estas señales de traición, sino que cegados por el oropel de la «representación popular» en municipios y parlamentos, han ido calcando en sus respectivos países la táctica y el método de la social-democracia alemana hasta el punto de ser latinos los primeros socialistas que han desempeñado carteras ministeriales en gobiernos burgueses. Y vanas han sido las críticas y vanos todos los ataques de los socialistas-anarquistas para hacerles apaar de su error. Si quisieran ser sinceros tendrían que confesar ahora que el predominio de la acción política sobre la acción económica les ha sido nefasto. Los cuerpos, como les decíamos, caen del lado a que se inclinan. En Alemania como en Francia y en todas partes les ha llevado, sea para el ataque o la defensa patriótica, a remolque de los gobiernos burgueses, a ser auxiliares, no directores ni siquiera frenos, de los fines capitalistas.

Ahora está por averiguar una cosa: si la social-democracia latina hará o no otro tanto si se le presenta el caso de la de Alemania. Esto lo sabremos al final de la guerra si vencen los aliados. Si éstos no se limitan a restablecer el derecho; si envalentonados quieren ir más allá e imponen desmembramientos nacionales—en esta pendiente se hallan,—¿que hará o podrá hacer la social-democracia latina? No queremos hacerle la ofensa a priori de aventurar un juicio molesto para su honradez intelectual futura. Con todo, que nos permitan decirles que la constante enemiga que han sentido siempre contra el anarquismo y todo lo que huele a anarquismo, negándonos hasta la sal y el agua en los congresos llamados socialistas y de los que nos expulsaron distintas veces, y las manifiestas complacencias y colaboraciones con las burguesías demócratas a secas y sus concomitancias en municipios, parlamentos y ministerios, nos permiten poder recordarles nuevamente que los cuerpos caen del lado a que se inclinan. Colocados en pendiente resbaladiza, individuos o colectividades van hasta el final de ella. Que así como «el parlamentarismo ha embotado la punta revolucionaria de las reivindicaciones sociales del proletariado para darles un matiz democrático» (Marx), se puede también embotar la punta social demócrata hasta finalizar en francamente republicana, nacionalista y hasta chauvinista, dando al olvido toda la tradición y la acción socialista, es decir, suceder lo que teme suceda el socialista Lagardelle: «sembrar democracia y no cosechar socialismo».

¿Verán los socialistas todos el peligro de su actual actitud de condescendencia

con los gobiernos demócratas y autócratas? Téngase en cuenta que nadie puede asegurar a ciencia cierta los futuros acontecimientos que la guerra traiga consigo. ¿Nos traerá una mayor libertad? ¿Nos traerá una reacción? ¿Cómo es augurar de acuerdo con la propia filiación política y social (y ya hemos señalado cómo todos los partidos, desde los monárquico-conservadores hasta los demócratas con ribetes de socialista, ven el triunfo de sus aspiraciones), pero ¿y si nos engañamos todos? Considérese que estamos metidos en un crisol de múltiples odios, pasiones, ambiciones, ignorancias, intereses, propósitos y finalidades diversas, y que de su fusión puede salir lo imprevisible. Fuerza es, pues, poner tiento en la actitud actualmente adoptada.

Facilísimo es decir y afirmar que se continúa siendo esto, lo otro y lo de más allá, y, aunque sea con propósitos de interinidad, obrar adaptándose franca y voluntariamente al medio o corriente actual contraria a nuestros idealismos. Socialista da buena cepa se ha llamado la social-democracia alemana aun en visperas de estallar la guerra. Nunca faltan ergos y distingos para disculpar la contradicción entre la teoría sustentada y la actuación diferente. Matan los cristianos a pesar del quinto mandamiento de su decálogo y no falta un sacerdocio que bendiga la contradicción...

Oigamos un poco, antes de seguir adelante, lo que sobre el particular dicen los jefes socialistas, comentado por la prensa republicana, que se regocija, claro está, de su actitud, porque les lleva el agua a su molino.

Dice *La Publicidad*, de Barcelona:

EL SOCIALISMO Y LA NACIÓN

He aquí un fenómeno interesantísimo. La gran guerra está acentuando el carácter nacional del socialismo. Y no sólo en los sentimientos, que eso podría ser pasajero, sino también en las ideas. Que los socialistas de diversos países, en el momento decisivo para su pueblo, se sientan patriotas, podría parecer una flaqueza del alma humana, o bien una imposición de la realidad viva sobre las ilusiones y las utopías. Pero el hecho actual es mucho más importante. Se trata de conciliar plenamente, en el terreno de las ideas el principio socialista y el principio nacionalista.

Es verdad que el socialismo y el nacionalismo no han sido nunca incompatibles. Los hombres más preclaros del partido socialista han combatido siempre la aberración antipatriótica Jaurés censuró acerbamente, empleando duros calificativos, aquella famosa frase del manifiesto de Karl Marx y Engels: «Los obreros no tienen patria». No hace muchos meses, con ocasión de un discurso, pronunciado sobre la guerra, Vandervelde intentó explicar la misma frase en un sentido completamente opuesto al que generalmente se le da. En esto Vandervelde nos ha parecido hábil, pero quizá menos sincero que Jaurés.

En general, los socialistas han defendido la causa de la independencia de los Estados y la libertad de las nacionalidades. El alemán Le-debour, en el Congreso Internacional Socialista de Copenhague, dió una fórmula ingeniosa respecto a esta cuestión. «El socialismo, dijo, es internacional, pero no antinacional». No obstante, en muchas ocasiones, los socialistas combatían determinadas aspiraciones nacionales y adoptaban puntos de vista que, directa o indirectamente eran contrarios al nacionalismo.

La reacción contra esa actitud recelosa o parcialmente hostil se extiende hoy rápidamente por el campo del socialismo. En Inglaterra acaba de constituirse un partido socialista nacional. En Francia, prestigiosos afiliados al partido defienden lo que podríamos llamar la *nacionalización del socialismo*. Son notables los trabajos que sobre este tema se han publicado en el periódico de Hervé, *La Victoire*, suscritos por el eminente economista que firma «Lysis» y por un colaborador anónimo, que es evidentemente un hombre de talento y de cultura. Este último contiene la necesidad del retorno al socialismo francés, anterior al socialismo alemán, y que jamás predicó el *apatriotismo* ni sostuvo el dogma de la lucha de clases, dogma de origen alemán impuesto por Marx.

En estas nuevas orientaciones del socialismo está inspirado un reciente artículo de Gustave Rouanet en *L'Humanité*, de París. Comentando el complejo problema del Imperio de Austria-Hungría, Rouanet escribe:

«En esto, los socialistas, que deberían ser los mejor informados... no ceden en nada, por lo que se refiere a la ignorancia de los problemas nacionales, a los más obtusos de nuestros chauvinistas. Yo no me cansaré de decir, porque es la verdad, que nuestra Internacional prescindía demasiado en su funcionamiento de las nacionalidades oprimidas por Austria-Hungría».

Y después de afirmar que el socialismo sabe respetar los derechos nacionales de todos los pueblos, sin los cuales la Internacional no sería más que un vano nombre, pues para que exista la Internacional es preciso que existan los pueblos, el distinguido escritor socialista añade:

«Por otra parte, la lección de cosas que se desprende de la guerra no puede dejar de producir sus frutos. Los más cándidos *apatriotas* de antaño comprenderán que la conciencia nacional tiene exigencias irreductibles, tanto como la conciencia de clase, y que ni la una ni la otra crean obligaciones contradictorias, sino comunes, que lejos de oponerse se completan.